



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Weinberg, Liliana

Ezequiel Martínez Estrada : la interpretación y la institución de sentido de la sociedad argentina : ponencia



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Weinberg, L. (2001). Ezequiel Martínez Estrada: la interpretación y la institución de sentido de la sociedad argentina: ponencia. *Prismas*, 5(5), 259-281. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2712>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Ponencia

*Ezequiel Martínez Estrada:
la interpretación y la institución de
sentido de la sociedad argentina*

Liliana Weinberg

Universidad Nacional Autónoma de México

**Ensayo y ciencias sociales:
un problema de límites**

Si en un principio la crítica planteó la cuestión del ensayo como un problema de límites entre la literatura y la filosofía, la prosa y la poesía, la imagen y el concepto, hacia 1964 Carlos Real de Azúa intuyó con enorme talento que ya para su época se había comenzado a plantear una nueva cuestión de límites entre literatura y ciencias sociales.¹ Y aunque muchos ignoraron u olvidaron las observaciones del intelectual uruguayo, pienso que es en ese horizonte donde se inscribirá buena parte de

los debates de nuestro encuentro. El discurso del ensayo y el de las ciencias sociales tiene por objeto el mundo social, pero frecuentemente, cuando se examina al ensayo desde la perspectiva de estas últimas, se considera que sus hallazgos son débiles epistemológicamente debido a que se apoya en afirmaciones no generalizables ni empírica o conceptualmente verificables.² Sin embargo, el ensayo de interpretación ha sido muy productivo al iluminar ciertas zonas fundamentales de la sociedad y examinarla siempre desde una perspectiva que no busca ampararse en una posición de objetividad sino, muy por el contrario, interpretar la “institución de sentido” de una sociedad³ desde su interior al mismo tiempo que partir para sus indagaciones de la propia situación, de la propia experiencia del autor, y muy particularmente del pleno uso del lenguaje como iluminador de sentido.

En su prólogo a *Casa-grande & Senzala*, Darcy Ribeiro celebra, en un tono a la vez risueño y de reproche, el “festival de estilo” de Freyre, cuya prosa, si bien supera por su be-

¹ “El conflicto empieza en esas zonas que el ensayo tocaba tradicional y confiadamente –y hasta eran sus temas predilectos– materias que hoy se sistematizan en *ciencias culturales, históricas, humanas*: antropología cultural, psicología (ciertas direcciones), sociología, política y muchas otras. Esos saberes que se vertían con toda naturalidad, sin inhibiciones por la vía de la ensayística a medida que devienen conocimiento acumulativo y socializado harán (hacen) más sospechoso de improvisación, de tanteo, el que por la vía de la ensayística se siga expidiendo. Registro el hecho y no la justicia de la sospecha, contra la que podría replicarse que casi todas las hipótesis que aquellas ciencias... tratan de confirmar es de la ensayística que salen y de la penetración de unos autores que no se sienten muy tentados por la impersonalidad, por la frecuente mediocridad del *trabajo en equipo*”, Carlos Real de Azúa, “¿Un género ilimitado?” y “Un género limitable”, en *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, Montevideo, Universidad de la República, Departamento de Publicaciones, 1964, pp. 22-23.

² Para una discusión reciente sobre este tema véase Mario Bunge, *Las ciencias sociales en discusión: una perspectiva filosófica*, trad. de Horacio Pons, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

³ Véase Cornelius Castoriadis, *L'institution imaginaire de la société*, París, Éditions du Seuil, 1975.

lleza artística la chatura de la monografía científica, obliga al lector a estar permanentemente a la defensiva, en guardia, para evitar cualquier tentación de hipérbole, generalización, salto en el vacío ideológico.⁴ También a Martínez Estrada se le han reprochado a la vez que alabado sus “espléndidas amarguras” de escritor (Borges) y la indefinición de un texto que reúne literatura y sociología (Canal Feijóo, Luis Emilio Soto). En su prólogo a la *Radiografía*, Gregorio Weinberg recupera, en un término que me parece afortunado, las “mostraciones” (que no necesariamente “demostraciones”) de Martínez Estrada, en un texto siempre considerado atractivo por su belleza y extemporaneidad.⁵ En años recientes se han vuelto a manifestar las opiniones en favor del valor estrictamente literario o del valor diagnóstico de la vida argentina de *Radiografía de la pampa*.⁶ El propio “ensayo de interpretación”, forma discursiva clave en la definición del ensayo latinoamericano, que

⁴ Darcy Ribeiro, “Prólogo” a Gilberto Freyre, *Casa-grande & Senzala*, trad. de Benjamín de Garay y Lucrecia Manduca, pról. y cronol. de Darcy Ribeiro, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977 (*Biblioteca Ayacucho*, 11), pp. XIII-XV.

⁵ Gregorio Weinberg, “Liminar” a Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, edición crítica de Leo Pollmann (coord.), Madrid, CSIC, 1991 (Colección *Archivos*, 19), p. xv. En adelante se cita el texto de Martínez Estrada de acuerdo con esta edición.

⁶ Desde esta perspectiva resulta interesante la recuperación que Juan José Saer hace de Martínez Estrada como escritor en “Literatura y crisis argentina”: “Adolfo Prieto señaló en sus *Estudios de literatura argentina* que la obra de Martínez Estrada debía considerarse antes que nada como la obra de un escritor y no como la de un sociólogo o un historiador; la pertinencia de esta aclaración se ve doblemente fundada si se tiene en cuenta que los críticos de Martínez Estrada le reprochan una falta de rigor científico que sus discípulos más crédulos (y no únicamente en la Argentina) creyeron encontrar y utilizaron como una panacea metodológica. Lo que distingue a un escritor es que sus afirmaciones son de tipo personal y es su verdad pulsional lo que las sostiene, no el rigor metodológico de tal o cual disciplina científica ni un sistema racional de conocimiento”, en *El concepto de ficción*, Buenos Aires, Ariel, 1997, p. 113.

ha sido siempre un esfuerzo interpretativo de la vida social desde el mirador del ensayista a la vez que desde su relectura de aquellos libros que en distintas etapas de la historia se constituyeron como representativos de esa vida nacional (el *Facundo* y el *Martín Fierro* en el caso de Martínez Estrada, por ejemplo), pone ya en relación esas varias posibilidades de lectura.

A lo largo de estas páginas procuraré plantear este problema de límites desde otra perspectiva. Por una parte, el debate en torno de los aportes del ensayo no puede reducirse al problema de la objetividad en la posición del observador o la verificabilidad de los datos o al hecho de seguir, explícita o implícitamente, una metodología de análisis cercana a la de alguna disciplina del conocimiento en particular. Las nociones de “subjetividad” y “objetividad” deberán ser repensadas y complejizadas a partir del quehacer del ensayista. En efecto, se debe atender a esta constante tensión que implica el acto de dar cuenta de su propia experiencia e interpretación del mundo a través de la elaboración de un texto que sea a la vez opacidad y transparencia, intransitividad y transitividad, monumento y documento (Bessière), en un texto que remite tanto al propio punto de vista sobre el mundo como a ese mundo tal como él es en sí. Por otra parte, se debe atender a las múltiples articulaciones de la posición del autor en los diversos campos de la vida social, ya que a partir de su situación peculiar y su vínculo “pulsional” (Saer) con el mundo, el ensayista deberá además elaborar un discurso que traducirá simbólicamente su posición en los diversos campos de la vida social (Bourdieu) y le permitirá ofrecer una interpretación que sea a su vez diálogo con una comunidad hermenéutica (Mignolo) que el propio ensayo de algún modo espera a la vez que imagina: su decir es también un pre-decir.

En el ensayo, como lo ha mostrado Lucács, no sólo tiene importancia el juicio ver-

tido sino el proceso mismo de juzgar.⁷ El ensayo se introduce en el mundo de los valores, no parte, como dice Adorno, de la ilusión de existencia de protodatos o datos primeros ni de la posibilidad de un mundo objetivo naturalmente dado que pudiera pensarse como previo a toda reflexión y garante de ella.⁸ El ensayo es, afirmo, interpretación, y por ende se encuentra sumergido siempre en el mundo de los valores y de la historia. El lenguaje, las instituciones, los valores son, en todo caso, la “materia prima” del ensayista, aunque una “materia prima” singular porque para él no hay en rigor un tal objeto que esté puesto ante un sujeto pensante: sujeto y objeto, el ensayista y el mundo interpretado, pertenecen al mismo horizonte, y de allí la compleja labor del autor, que consiste en reabrir el trabajo interpretativo y aplicarlo a una realidad ya interpretada, así como hacerlo desde su situación, su mundo de experiencia. Y el propio recorte que el ensayista lleve a cabo estará dado por, y a su vez remitirá a, su posición en el campo, de tal modo que toda representación apunta al problema de la representatividad del mundo representado. El ejemplo más evidente de ello es el uso de la lengua, que pensadores como Tomás Segovia consideran la institución social por excelencia,⁹ la institución de instituciones, y que todo ensayista comparte con los representantes del universo por él interpretado. No se debe olvidar que la gran herramienta que emplea el ensayista para ingresar en el lenguaje no es otra que ese mismo lenguaje. Es también frecuente que el autor

repiense los significados sociales, culturales, de términos que son los de su propio horizonte, y que los restituya al momento del uso.¹⁰

Importa, entonces, la “mostración” previa a la “demostración”, el “señalar” previo al “predicar” (Segovia), en cuanto este pre-decir, este anticipar, nos conduce al tipo de “recorte” que todo ensayista, en cuanto intérprete, llevará a cabo; importa además ese doble sistema de referencia por el cual el ensayo remite al mundo interpretado a la vez que a la perspectiva del intérprete. Así, para el caso que nos ocupa, importa particularmente el tipo de “muestreo” que lleva a cabo el ensayista, a partir de su intuición de la tipicidad o representatividad de los distintos temas planteados para la interpretación. Ejemplo prodigioso de ello es la observación “fenomenológica” que Martínez Estrada aplica a los distintos tipos sociales, aquellos que han recibido un nombre (y en muchos casos un nombre nuevo, peculiar de la cultura argentina). De algún modo, la existencia de un nombre es garantía de la formación social de un tipo y, de manera inversa, la tipicidad de un individuo está dada por que se lo adscribe a un grupo que tiene ya un nombre. Tal es el caso del tratamiento del *guapo*, el *guarango*, el *compadre* y el *compadrito* que lleva a cabo Martínez Estrada, como lo hará *in*

⁷ Georg Lukács, “Sobre la esencia y forma del ensayo” (1911), en *El alma y las formas*, Barcelona, Grijalbo, 1975, pp. 15-39.

⁸ Para este tema véase el texto fundamental de Theodor W. Adorno, “El ensayo como forma. Carta a Leo Popper”, en *Notas de literatura* (1958), Barcelona, Taurus, 1962, pp. 11-36.

⁹ Véase, por ejemplo, el más reciente libro de ensayos de Tomás Segovia, *Resistencia: ensayos y notas, 1997-2000*, México, Ediciones Sin Nombre/UNAM, 2000.

¹⁰ Tomemos, por ejemplo, las palabras que dedica Freyre a la *modinha* en *Casa-grande & Senzala*: “Cuando más tarde apareció la *modinha*, fue conservando todavía cierta gravedad de latín de iglesia, una dulzura piadosa y sentimental de sacristía azucarándole el erotismo, un misticismo de colegio de padres disimulándole la lascivia ya más africana que amerindia” (p. 161). ¿Verdadero o falso? No creo que sea ésa la pregunta correcta. En todo caso, se trata de una observación *pertinente*, que comprende el recuerdo de la historia popular de la *modinha*, que el propio antropólogo aporta a su estudio como participante de esa cultura; ¿qué porcentaje de “misticismo” y cuánto de “lascivia”? ¿cuánto de occidental y cuánto de africano o de amerindio? Tampoco creo que sea ésa la pregunta correcta: el valor de la observación radica en la recuperación de un espesor cultural, de un sentido olvidado: encubierto por una pátina de misticismo, un fondo de sexualidad oculto, secreto, sólo adverbible por el oído o por la observación del gesto.

extenso respecto del *gaucho* en *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*. Tomemos el caso del *compadre*:

Desde donde concluye el guapo hasta donde comienza el guarango, hay la octava del compadre [...]. Oscila entre el tipo que no tiene en cuenta a la sociedad y el otro que reacciona en razón de esa sociedad, el guapo y el guarango. En su seno aparece desacomodado [...]. Ser llegado a deshora [...] el desprecio por el prójimo y el desdén por los valores de civilización, son sus valores paladinos [...]. Emplea la ganzúa para penetrar en la sociedad, que no le ha cerrado sus puertas sino que las tiene abiertas por el otro lado que él no ve [...]. También es una forma del resentimiento... (p. 122).

Martínez Estrada propone un *continuum* imaginario ocupado por los extremos del “guapo” de la campaña y el suburbio y el “guarango” de la ciudad. Interpreta así términos que son también los de su cultura y atienden a la tipicidad del personaje. Entre generalidad e individualidad, el ensayista establece la particularidad y tipicidad de los asuntos tratados. El hecho de encontrarse entre ambos extremos, el del extranjero y el extraño a los valores de la sociedad, se refuerza con una asociación incluso sonora: el *desacomodo*, la *deshora*, el *desprecio*, el *desdén*, que enfatiza un tipo particular de existencia independiente y desajustada. Para referirse, en lenguaje figurado, al tipo de relación que el compadre tiene con la sociedad, apela el propio ensayista al símil de abrir las puertas de la sociedad con una “ganzúa”, voz que él mismo comparte con la sociedad estudiada, y que lleva ya, en la entonación, la fuerza punzante de la herramienta que usan los ladrones para violar las propiedades. Aunque he aquí la paradoja, que se suma al sentido figurado de la expresión: las puertas de la sociedad están abiertas por donde el compadre no las ve.

La lectura por mucho tiempo predominante en torno a la *Radiografía* daba un papel central a su telurismo y pesimismo, a esa extraña combinación entre las ideas de Keyserling, Spengler, Simmel y Freud, que haría caer a Martínez Estrada en un determinismo trasnochado y a convertirse a su vez en un juez injusto y reaccionario del ideario sarmientino. En efecto, su insistencia en que la “barbarie” no ha quedado superada, sino que emerge de manera recurrente para mostrar las grietas del modelo civilizatorio, es otro de los temas centrales que la crítica de la *Radiografía* ha recuperado con molestia. Es posible proponer otro tipo de lectura, que aquí defenderé.

En mi opinión, un ensayista como Martínez Estrada trabaja –a diferencia de lo que hace un científico social–, con una noción implícita de *communitas* como contrapuesta a la de *estructura*.¹¹ Éste es el sentido último de la *Radiografía*: lo que no se ha dado en la historia argentina –e incluso sudamericana–, y lo que es necesario se dé para que la Argentina se integre “en la salud”, es la existencia de una comunidad. Mientras no sea así, la Argentina seguirá en la alienación, en la desarticulación: soledad, aislamiento, desencuentro. Las instituciones oficiales (Estado centralizado, organismos burocráticos, funcionarios, magistrados, ejército, iglesia, sistema escolar) se han superpuesto, en su lógica ciega y en su autoritarismo monológico, a la vida rudimentaria de las instituciones sociales apenas maduras (familia, vecindad, gremios, cooperativas). Una organización heterogénea y excluyente (metrópoli-colonias; capital-provincias; capital extranjero-trabajo de la mano de obra nacional) ha deformado toda posibilidad de crecimiento armónico e integración local. Por último, Martínez Estrada advierte rasgos de una terciarización pre-

¹¹ Cf. Victor Turner, *El proceso ritual: estructura y antiestructura* (1969), Madrid, Taurus, 1988.

matura de la Argentina, que considera contra-productores respecto de las posibilidades de un crecimiento real que él ve representado en el modelo del artesanado. Hay entonces un desajuste entre las seudoestructuras que rigen la sociedad argentina y los requerimientos de una verdadera comunidad.

De este modo, como respuesta al primer problema de límites podemos decir, pensando en el libro de Mario Bunge arriba citado, que el ensayo se ubica en una zona diversa de aquella donde se da la problemática estudiada por este autor. En efecto, el hecho de que el ensayista hable desde su situación y su experiencia no implica necesariamente que su discurso sea reductible a una mera subjetividad (algunos autores se refieren incluso a “transubjetividad” o “subjetividad”).¹² Es también necesario recordar que el campo literario y el campo de las ciencias sociales tienen reglas no siempre coincidentes y otro tanto sucede con quienes constituyen las respectivas comunidades hermenéuticas (para tomar un término que emplea Walter Mignolo),¹³ Y se debe enfatizar que el ensayo se coloca expresamente en el ámbito del valor y de la particularidad, sin tener por ello pretensiones de neutralidad o generalidad.

Naturaleza y cultura

Otra gran cuestión de límites radica –cuando menos en estos grandes ensayos que nos ocupan– en el modo como los ensayistas atienden a la tensión entre naturaleza y cultura y en la búsqueda de una primera articulación básica, de un momento de sentido irrebasa-ble, dado por el surgimiento de una matriz cultural característica (formación, en Freyre,

seudoestructura, en Martínez Estrada) que concilia, aunque en tensión, ambos polos.

A este respecto, el trabajo del ensayista es admirable en su complejidad, ya que emplea, para su interpretación, tanto su propia experiencia como miembro de la socialidad que está interpretando como materiales diversos provenientes de la observación del mundo natural hecho paisaje, del orbe de las costumbres y los valores, del reconocimiento de instituciones raramente estudiadas por la historia oficial, de una exploración del lenguaje que radica, por ejemplo, en agudas observaciones implícitas sobre el campo semántico o el sistema simbólico subyacente, y aun de las intuiciones y mostraciones poéticas que surgen como enlace de su propia situación en el mundo y el sentido.

El ensayista tiene ante sí un mundo que Cornelius Castoriadis caracteriza como “lingüísticamente alumbrado” o que Jean Duvignaud denomina “humanizado” y “socializado”. El horizonte último de sentido no puede ser rebasado, aunque sí, cuando menos, reconocido y ensanchado a través de la tarea interpretativa. Todo aquello que se presenta a nosotros en el mundo sociohistórico está indisolublemente ligado a un imaginario y a un sistema simbólico relacionados a su vez con el lenguaje y las instituciones. Martínez Estrada dedicará su tarea interpretativa a esa realidad humanizada, para cuya exploración nos proporcionará “los rumbos de la brújula”. Asimismo nos mostrará el secreto de nuestra alienación, que nos pone en un mundo que es todo azar e imprevisibilidad, y que no es sino el resultado del desajuste entre la sociedad viva, las instituciones que la organizan y su historia: entre civilización y cultura, como anotará años después Martínez Estrada en su *Análisis funcional de la cultura* (1960). El ensayo es constituido y constituyente, a un tiempo interpretación de un mundo de sentido e institución de un mundo de sentido que se corresponde con el primero de un modo

¹² Véase, por ejemplo, Arturo Andrés Roig, *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, FCE, 1981.

¹³ Walter Mignolo, *Teoría del texto e interpretación de textos*, México, UNAM, 1986.

por cierto mucho más complejo que como se corresponden un modelo y su original.

Aun cuando no se niegue la preexistencia de un mundo natural, éste sólo se hace presente al humano cuando se lo dota de sentido. Pienso que, al respecto, un tema frecuentemente desatendido en la lectura de los autores cuya obra se analiza es su indagación del lenguaje, las costumbres y las instituciones en sentido amplio, con mayor o menor nivel de formalización (esto es, por ejemplo, la familia, las asociaciones voluntarias, las formas normadas y alternativas de educación, etc.) como iluminadores del sentido.

Un modo de rastrear el encuentro entre naturaleza y cultura, la humanización del espacio, es preguntarse por las ideas de los primeros protagonistas de la aventura americana:

Es muy difícil reproducir ahora la visión de ese mundo en las pequeñas cabezas de aquellos hombres brutales, que a la sazón estaban desembarazándose de los árabes y de lo arábigo. ¿Qué cateos imaginativos realizaban el hidalgo empobrecido, el artesano sin pan, el soldado sin contrata, el pordiosero y el párroco de una tierra sin milagros, al escuchar fabulosas noticias de América? Mentían sin quererlo hasta los que escuchaban (p. 5).

Radiografía de la Pampa comienza con una resolución fallida de la polaridad arriba mencionada: *Trapalanda*. El encuentro entre naturaleza y cultura se produce, en la América del Sur, con la llegada del conquistador, que busca lo que no encuentra y encuentra lo que no busca. Es, por tanto, la fundación de algo que es, desde el principio, heterogéneo. Nuestra historia comienza como la historia de otros: imaginación de América, invención de América, error de América, ilusión o desilusión americana, el mundo que hoy vivimos como nuestro nació como extraño, fundado por recién llegados sin continuidad con la cultura de los primeros moradores. Martínez

Estrada hace desencadenar la historia de América con los aventureros. La dotación de sentido de América es ya un primer ejemplo de alienación: América es hija de un error y fruto de la imaginación, el sueño, el capricho, la soberbia y la ambición. América es hija de los aventureros que buscan conseguir lo que no tienen: dinero, honores, genealogías. “Este mundo era para él [se refiere al aventurero] la contraverdad del otro; el otro mundo” (p. 5). Es la aventura –no el trabajo–, es el instante –no el tiempo de la gestación de un hombre o una obra– el que hace poblar de monstruos y fantasmagorías un mundo que es en sí mismo “la muy simple y muy pobre realidad de América” (*ibid.*). En líneas geniales, aúna Martínez Estrada desilusión y sublimación:

América era, al momento del desembarco, una desilusión de golpe; un contraste que enardecía el cálculo frustrado y que inclinaba a recuperar la merma de la ilusión mediante la sublimación del bien obtenido [...]. América no era América; tenía que forjársela y que superponérsele la realidad del ensueño en bruto (*ibid.*).

Martínez Estrada rastrea un orden anterior aún, en el cual el indígena es doblegado por las exigencias de la naturaleza: “El indígena había vivido en relación con este mundo, hasta que se doblegó a sus exigencias” (p. 6).

Se introdujeron contravalores, se inventaron otros –la distancia era en sí misma un valor–, se importaron leyes e instituciones huecas y desprestigiadas:

Se trajeron las formas huecas de instituciones desprestigiadas y se vació en ellas la mente y conducta de los jóvenes. Se perseguía y despreciaba lo que crecía en su propio clima según sus propias leyes de desarrollo, hasta que el trazado de esas ficciones de cultura y de riqueza no coincidía casi con el trazado auténtico de la realidad americana (p. 6).

La matriz fundacional tiene entonces para Martínez Estrada un aspecto de “contraverdad”, de inautenticidad, de realidad “superfata”. Dice, en un pasaje que parece inspirado por sus lecturas de Montaigne: “Había que poner un vestido legal de difícil comprensión a esta desnudez de un trozo de planeta olvidado” (p. 7).

He aquí, desde mi punto de vista, una diferencia fundamental con el trabajo antropológico de Gilberto Freyre. Para él, si bien se debe reconocer que en el comienzo se trató también de la llegada de un pueblo conquistador, esta llegada no resultó tan cruenta. Así leemos en *Casa-grande & Senzala*:

En cuanto a la mixibilidad [*sic*], ningún pueblo colonizador, aun de los modernos, excedió o igualó siquiera, en este terreno, al portugués. Al primer contacto fue, placenteramente, cruzándose con mujeres de color, multiplicándose en hijos mestizos, ya que tan sólo algunos millares de hombres audaces consiguieron afirmarse en la posesión de vastísimas tierras y de competir con grandes y numerosos pueblos en la extensión del dominio colonial y en la eficacia de la acción colonizadora. La mixibilidad, más que la movilidad, fue el proceso mediante el cual los portugueses se compensaron de la deficiencia en masa o volumen humano para la colonización en gran escala y sobre áreas extensísimas. Para tal procedimiento preparóles la íntima convivencia, la relación social y sexual con razas de color, invasoras o vecinas de la península (p. 37).

Ambos ensayos comienzan su propuesta de periodización con el momento de instauración de una relación colonial, con el reconocimiento de la desproporción entre el hombre, la tierra y —en el caso de Freyre— el clima, con el interés por obtener riquezas, con el temprano proceso de miscigenación. Sin embargo, Martínez Estrada acentuará el

carácter de aventura, de desapego a la tierra y la falta de interés por el establecimiento de vínculos familiares y sociales estables; la unión del blanco y la indígena es resultado de una violencia y los hijos darán lugar a una estirpe de desarraigados. En cambio, Freyre menciona brevemente el primer siglo de contacto entre el portugués y el trópico, para detenerse sobre todo en el proceso que, un siglo después, habrá dado lugar a una nueva sociedad que tiene, según sus palabras,

[...] como base, la agricultura; como condiciones, la estabilidad patriarcal de la familia, la regularidad del trabajo por medio de la esclavitud, la unión del portugués con la mujer india, incorporada de ese modo a la cultura económica y social del invasor (p. 33).

Freyre descubre a partir de la relación entre casa-grande y senzala una *formación*, una matriz civilizatoria puntual, dada por el paso de la selva virgen (naturaleza) al cultivo y la plantación bajo una forma de vida patriarcal, vertical (cultura), que considera fundamental para entender la organización predominante del Brasil: “Se constituyó en la América tropical una sociedad agraria en la estructura, esclavista en la técnica de explotación económica, híbrida de indio —y más tarde de negro— en su composición” (*ibid.*).

Freyre estudia la influencia, si no determinante, cuando menos condicionante, del clima y del espacio (enormes masas de agua, densidad de las selvas, etc.), temas que discute con las ideas de otros antropólogos, y ve con simpatía el esfuerzo de mudanza del hombre portugués, quien procura adaptarse a las nuevas tierras de clima tropical con un mayor esfuerzo que el que toma al colonizador español el llegar a la Argentina. Ve también con optimismo el apoyo de los medios de transporte y las mejoras en la agricultura, y considera que los hábitos sedentarios gana-

ron sobre el espíritu bandeirante, a la vez que el mestizaje fue un resultado natural de la simpatía racial y la necesidad de perpetuación. Para Freyre, además, “las grandes plantaciones fueron la obra, no del Estado colonizador, tacaño siempre en Portugal, sino de la audaz iniciativa particular” (p. 45).

Martínez Estrada, en cambio, encuentra más bien el origen de una formación “superfeta”, una falsa estructura, en la falta de interés del conquistador español por fundar una sociedad sólida. El espíritu aventurero de los primeros hombres que llegan al Nuevo Mundo se multiplica en la precariedad endémica de la vida familiar e institucional argentina. El desarraigo del paisano que, en la pampa, levanta un rancho, repite el primer gesto de los conquistadores y se reitera en la casa del suburbio, o se da de manera transformada en el crecimiento inarmónico de la economía y la vida social.

Freyre dice lo siguiente en su ensayo:

El colonizador portugués del Brasil fue el primero, entre los colonizadores modernos, en dislocar la base de la colonización tropical de la puramente extractiva [...] hacia la de creación local de una riqueza, aun cuando creada bajo el imperio de las circunstancias americanas, a costa del trabajo esclavo tocada, por tanto, de aquella perversión de instinto económico que pronto desvió al portugués de la actividad de producir valores hacia la de explotarlos, transportarlos o adquirirlos (p. 44).

Reconoce también el arraigo de los primeros pobladores portugueses en las nuevas tierras y la formación de núcleos familiares, aun cuando considera la excepción de aquellos que “no tenían por la tierra amor alguno ni gusto por el cultivo” (p. 50), ya que en ellos ganaba el ideal mercantilista y el interés por las riquezas en metálico. Las variaciones locales no llegaron a crear diferencias profundas, y “triunfó la tendencia en el sentido de la uniformidad” (*ibid.*).

Diversa es la visión que nos ofrece Martínez Estrada: la distancia genera desahogación, y la diferencia descomunal entre la tierra y el hombre sólo puede desembocar en situaciones paradójicas. El conquistador es conquistado por la tierra, de tal modo que toda obra resultará precaria. El recién llegado se convierte en un “señor de la nada”. La tierra vence al hombre y es imposible fundar algo sólido cuando soledad, aislamiento, precariedad, distancia, generan desmembración y desarraigo: “El camino no interesa como camino: es espacio a recorrer” (p. 69).

Para el conquistador, llegar a América significó “avanzar hacia atrás”, ya que el nuevo mundo era en realidad antiguo. Acentuar el pasado geológico implica a su vez restar importancia a la historia moderna de la civilización y convertirla en un “salto en el vacío” que vuelve a conducir a Trapalanda, la tierra de la ilusión.

Para Martínez Estrada, la barbarie del conquistador peninsular se une a la barbarie originaria de América:

Nuestros pueblos del sur eran viejísimos pueblos; pueblos de la llanura sin esbozos ni residuos de cultura de estilo perdurable, productos connaturales del suelo. Sobre ese pueblo de Monte Hermoso se volcó el pueblo de Tartessos, sin fuerza para modelar ni crear, y sí en cambio apto para amalgamarse con él... Se aclimató; cuanto de ilógico, de censurable, de contrario a lo que se entiende por poblar, era aclimatación. Su pesado sopor, la rutina, la pereza, la ignorancia... El sajón, el flamenco y el franco lucharon y vencieron, refractarios al medio... En cambio, el lusitano y el hispano llegaron a descansar, al punto de partida (p. 54).

Freyre enfatiza en *Casa-grande & Senzala* el papel de la familia patriarcal colonial: “activo y absorbente órgano de la formación social brasileña, la familia colonial abarcó, so-

bre la base económica de la riqueza y del trabajo esclavo, una diversidad de funciones sociales y económicas” (p. 49).

Para Martínez Estrada, en cambio, “Es muy difícil obtener cohesión en un país en que la población se parece mucho a pájaros asentados después de desbandarse” (p. 71). Hijo del aislamiento, la desunión, el recelo, que son “la clave para interpretar los enigmas de Suramérica” (pp. 55 y 63), el mestizo es un ser paradójico, un “hijo de nadie”, como paradójico será el tránsito regresivo de paisaje y sociedad: en la pampa el hombre europeo se vuelve salvaje, el artesano se vuelve pastor, las tierras conquistadas para la agricultura se vuelven tierras de yuyo y barbecho y el animal domesticado se vuelve cimarrón. Las “fuerzas telúricas” ganan la partida y la historia económica de la Argentina se vuelve la de la ganadería, en la “era del cuero”. Imposibilitado de “trabar relaciones lícitas con el mundo”, el individuo se enquistaba en su aislamiento:

La soledad convierte al individuo en el centro de esa circunferencia infinita que es la llanura... Todas esas tentativas de establecer una correspondencia humana a fondo, se le frustran porque es un ente solitario... La pregunta ‘¿Qué anda haciendo?’, es el tentáculo depredatorio que se esquivo elusivamente con la respuesta ‘Aquí andamos’ (p. 77).

Si para Freyre, como leemos en *Casa-grande & Senzala*, “La familia –no el individuo, ni el Estado, ni ninguna compañía de comercios, desde el siglo XVI, el gran factor colonizador en el Brasil, la unidad productora... la fuerza social...” y “La colonización por individuos –soldados afortunados, aventureros, deportados, neocristianos..., náufragos, traficantes...– no dejó casi rastros en la plástica económica del Brasil...” (p. 46), para Martínez Estrada es precisamente este tipo de poblamiento de soldados y aventureros, que Freyre caracteriza como pasajero, superfi-

cial, irregular, el que dio su tonalidad a la vida argentina. Las escasas familias pampeanas se caracterizan por el aislamiento, la falta de vínculos con los vecinos, la desconfianza. Se alojan en los ranchos, que, dice en la *Radio-grafía*, “Son células de un claustro destrozado, disperso, donde se engendran los hijos, donde se reside, se envejece y se muere” (p. 74). Pocos son los pioneros que “hacen alto” y se convierten en campesinos.

Más adelante, la llegada del ferrocarril y los barcos de vapor no mejorará esta situación paradójica, esta “marcha al revés del tiempo”, sino que la acentuará: las nuevas vías de comunicación se superponen a los viejos caminos que, más que unir, separan a los pueblos, de modo tal que estos nuevos medios de transporte, en lugar de traer riqueza, traerán miseria.

Buenos Aires, cabeza de Goliath, y el Estado, gran Leviatán, consolidarán su crecimiento a expensas de la vida miserable que los nutre: “Se echaban al Leviatán los combustibles de la barbarie y fabricaba edificios públicos, obras de salubridad, ferrocarriles e instituciones, y sin embargo, la fuerza que extraían de sus alimentos era debilidad” (p. 111).

Otro tanto sucederá con las instituciones pensadas para amparar al Estado: el ejército “es un organismo formidable de defensa convertido en formidable organismo de peligro”. El ejército, “está montado a la expectativa de acontecimientos que no ocurren” y en defensa de instancias que no necesitan defenderse.

El guarango, el compadre, el fanfarrón, el pobre, son manifestaciones de ese fenómeno general por el cual todo se desvirtúa: “En cada pobre hay un soñador de riquezas malogrado... Descuenta un documento que está garantizando el azar, y es la forma de cobrar-se de antemano algún premio que no existe de alguna lotería que no se juega” (p. 191).

La riqueza no genera crecimiento, la especulación no genera trabajo, se confunde valor y precio y persiste una sociedad a la vez

joven y gastada, precaria y cristalizada, pero nunca sólida o madura.

En resumen, las visiones de Martínez Estrada y Freyre representan de algún modo las dos grandes posiciones en torno de la etapa de conquista y colonización: la primera, signada por la ruptura, el conflicto, los costos demográficos del encuentro entre conquistador y conquistado, asociada por ende con toda una vertiente interpretativa antihispanista; la segunda, interesada en acentuar la continuidad, el encuentro, la ganancia demográfica de la miscigenación y en general, más que los momentos de conflicto, los de convivencia.

El ombú

Los límites entre naturaleza y cultura se ven marcados, por ejemplo, con la conversión de la vegetación en paisaje —o antipaisaje—, a través de la aclimatación de las especies a un ambiente en cuyo símbolo se constituyen. Tal es el caso del ombú, “soledad en la soledad”, “símbolo de la llanura”:

El ombú es el árbol que sólo da sombra, como si únicamente sirviera al viajero que no debe quedarse y que reposa... No se extrae de él la madera, y Virgilio no lo hubiera cantado en las Geórgicas. No puede hacerse de él vigas para el techo, ni tablas para la mesa, ni mangos para la azada, ni manceras para el arado. No tiene madera, y más que árbol es sombra: el cuerpo de la sombra (p. 71).

Adelantemos al respecto una observación: anida en la *Radiografía* una fuerte nostalgia por el modo de vida artesanal, frecuentemente asociado con los rasgos del trabajo constructivo, la generación de relaciones solidarias y comunitarias. Otro tanto sucede con el cuchillo, “arma usada en tiempos de paz como herramienta” (p. 70).

Representación y representatividad

El problema de la relación entre representación y representatividad reviste particular interés para nuestro tema. En la medida en que una obra es novedosa, de ruptura, o incorpora haces heterogéneos de discusión, sobre todo en el caso del autor de un “ensayo de interpretación” que se encuentra entre los límites de varios campos (literario, científico social, político, etc.), la propia obra deberá implícitamente justificar el carácter representativo de las representaciones puestas en juego. El autor deberá “negociar” a través del discurso su posición, su capacidad para dar cuenta de la “curvatura específica del espacio discursivo” que su obra manifiesta.

Necesario es por tanto atender a los límites entre representación artística y representatividad social. En muchos casos, la fuerza de validación del ensayo, su carta de autenticidad y su mayor interés, están dados por la irrupción de un sujeto responsable que escribe para criticar la ilusión de representatividad de las representaciones convencionales del mundo social, que se erige como marginal y crítico para precisamente extraer de esa posición marginal la fuerza y la capacidad de autenticar su trabajo. Una mera suma de las mejores monografías etnográficas, psicológicas, históricas producidas por los países centrales, que autorizan a su vez las reglas de inteligibilidad en los distintos campos del conocimiento, no hubiera hecho posible ese salto cualitativo por el cual nuestros autores descubren y exploran muy tempranamente la cifra de la situación colonial e *intuyen* la existencia de una heterogeneidad básica (Cornejo Polar) que permea todos los planos de la vida nacional.

Si revisamos las primeras páginas del prólogo que Darcy Ribeiro dedica a *Casa-grande & Senzala*, encontraremos un excelente resumen de la recepción de una obra en la cual todo brasileño se ve reflejado a sí mismo:

Mese Anisio, el pensador más agudo de este país, nos pide que le anticipemos a Gilberto la grandeza que el futuro ha de reconocerle, porque todos nos convertimos en más brasileños con su obra. Fernando de Azevedo, hablando en nombre de la sociología, casi repite a Anisio al decirnos que todos le debemos un poco de lo que somos y mucho de lo que sabemos. Es mucho más, diría Gilberto, y ejemplificaría: Barthes no se consuela de que Francia no tenga su intérprete gilbertiano para sus primeros siglos de formación. Un tal Briggs, pasmado de asombro, nos dice que *Casa-grande & Senzala* no sólo es una revelación para los brasileños acerca de lo que ellos son, sino un triunfo universal [...].

Gilberto Freyre ha escrito, sin duda, la obra más importante de la cultura brasileña. Efectivamente, *CGYS* es el más grande de los libros brasileños y el más brasileño de los libros que hemos escrito...¹⁴

Decir que esta obra de Freyre es “el más brasileño de los libros” significa que es representativo en varios sentidos: cultural (el libro es una muestra representativa de la cultura de la cual surge y con la cual se relaciona); intelectual (la obra se inscribe en una tradición de pensamiento determinada); político-social (existe entre la obra y la comunidad a la que se refiere un “pacto” de representación en cuanto delegación de la autoridad para ser representada, que se renueva en cada lectura); artístico (existe una cierta correspondencia

entre el retrato y el mundo por ella retratado). El ensayo no remite sin más a objetos de la realidad, sino que denota y connota elementos que corresponden a un mundo lingüística y culturalmente iluminado. Pero además, en un término que introdujo el crítico de arte Nelson Goodman, el ensayo “ejemplifica”, esto es, se refiere a alguna de sus propiedades, y esto tanto en un sentido literal como metafórico: al referirse a una propiedad que posee metafóricamente, el objeto ejemplifica metafóricamente esa propiedad y nos permite tener un acceso cognoscitivo a las propiedades que muestra.

Pero si la noción de “el más brasileño de los libros” se enriquece con estas otras: “todos nos convertimos en más brasileños con su obra”, “todos le debemos un poco de lo que somos y mucho de lo que sabemos”, esto implica que el ensayo es constituido y constituyente, a un tiempo interpretación de un mundo de sentido e institución de un mundo de sentido imaginario que se corresponde con el primero de un modo por cierto mucho más complejo que como se corresponden un modelo y el original al que se refiere y también, en palabras de Castoriadis, constituye.

Alguna vez me pregunté si podría afirmarse lo mismo de *Radiografía de la pampa* o de *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, herederos en segunda o aun tercera generación¹⁵ de los dos libros que se asocian más directamente con nuestra nacionalidad: *Facundo* y *Martín Fierro*. Como se dijo más arriba, las que Borges llamó “espléndidas amargas” de la *Radiografía*, su pesimismo anticipado, el lirismo de algunas de sus páginas, causaron rechazo o cuando menos prevención en muchos de sus contemporáneos. Si, como dice el propio Martínez Estrada, el *Facundo* y la vida misma de Sarmiento llegaron a identificarse absolutamente con la vida

¹⁴ Darcy Ribeiro, Prólogo a Gilberto Freyre, *Casa-grande & Senzala*, pp. IX-X. Otro tanto podría concluirse a partir de una historia de la recepción que han tenido el *Facundo*, *Radiografía de la Pampa*, *El laberinto de la soledad*, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*... Añade que la obra de Freyre es al Brasil lo que el *Quijote* a España, la obra de Tolstoi para Rusia, la de Sartre para Francia, y así sucesivamente... (*op. cit.*, p. x). Esta preocupación por que cada pueblo tenga su libro se ha reiterado en muchos otros intelectuales latinoamericanos, incluido Jorge Luis Borges.

¹⁵ Para el caso de la segunda obra cuenta el precedente de Lugones.

argentina,¹⁶ el profetismo paradójico de Martínez Estrada, su presentación como desmascarador de la barbarie oculta en la civilización argentina, impidió por mucho tiempo que su libro fuera integrado sin más a un sistema canónico.

Uno de los grandes esfuerzos de Martínez Estrada ha sido mostrar que es precisamente su posición atípica o excéntrica en el campo de las letras y el de la política la que lo autoriza a emprender una crítica de la sociedad argentina. Por una parte, desde muy joven se convierte en un artista y pensador “a deshora”, puesto que se gana la vida en una tarea burocrática, no busca integrarse a ningún grupo literario específico ni adquirir compromisos más próximos a sus intereses intelectuales: el periodismo, el trabajo editorial, las revistas, la educación, con los que sólo colabora de manera tangencial y esporádica (sólo ha sido más constante su trabajo como profesor de literatura en La Plata). Tampoco resulta fácil su inserción en alguna línea política específica, hecho que se torna aún más complejo cuando se atiende a la “incomodidad” que sus posturas, declaraciones y lecturas causaban en muchos sectores. Muy tempranamente, como un joven poeta, recibe el apoyo de Leopoldo Lugones, de quien se distanciará algunos años después. Su lectura apasionada de Keyserling y Nietzsche lo vuelve antipático para los sectores de izquierda. Su colaboración con *Cuadernos Americanos* y su apoyo a la Revolución Cubana lo convierten en un extraño amigo de Victoria Ocampo y *Sur*. Y, para intelectuales como Canal Feijóo, resulta también irritante la postura de este santafecino que muy pronto se instala en la ciudad de Buenos Aires y sin sa-

¹⁶ Escribe al respecto: “Para Sarmiento la realidad había tomado los caracteres constitutivos de su misma personalidad, y si aún hoy nos parece su persona mental y temperamental tan ceñida a la realidad, hasta el extremo de coincidir puntualmente ambas configuraciones, es porque esa realidad que vemos es la que elaboró él con su genio” (p. 255).

lirse de ella la crítica acremente para erigirse en portavoz de un interior indiferenciado que no conoce bien, y a quien muchos dan el mote de “enfermo de patria”.

En el caso de Martínez Estrada, si bien carecemos de prólogos del autor a las primeras ediciones de la *Radiografía* (y esto es ya en sí mismo sintomático), contamos con reflexiones dispersas en torno a ella. En 1958 dice haber tratado con esta obra “de configurar un diagrama con los invariantes históricos que creí hallar en el *Facundo* y además en las *Bases, Ojeada retrospectiva* y en los escritos doctrinarios de Moreno y Monteagudo”. Y agrega: “Las situaciones cambiantes no alteran la estructura esencial que creo haber fijado en el diagrama, susceptible, es claro, de progresivas rectificaciones”.¹⁷ Dice también que “Por este método el pronóstico es simple consecuencia de conocer el mecanismo, y la palabra *profecía* es absolutamente impropia e injuriosa” (*ibid.*).

En cambio años después, en 1964, y en el ya citado “Prólogo inútil” a la *Antología* de sus escritos que publica el Fondo de Cultura Económica, dice que ha llevado a cabo la “investigación, análisis y exégesis de la realidad argentina” (p. 12) y se refiere al “apocalipsis, revelación o puesta en evidencia de la realidad profunda” (p. 13). Y dos elementos sintomáticos adicionales: por un lado, el giro anticolonialista que lo caracterizó en los últimos años: “la revelación de que debajo de la cobertura y apariencia de una nación en alto grado de cultura, permanecía latente la estructura de una nación de tipo colonizado, de plantación o de trata” (p. 13), esto es, el desplazamiento de la centralidad que tenía para él la reflexión sobre lo nacional a un ámbito más amplio, y la incorporación temática de la cuestión de la moderna expansión colonial

¹⁷ Ezequiel Martínez Estrada, “Sobre *Radiografía de la Pampa* (preguntas y respuestas)”, en *Leer y escribir*, México, Joaquín Mortiz, 1969, p. 132.

por Asia y África, que estuvo ausente de las reflexiones de buen número de intelectuales latinoamericanos. Por otra parte, su propia identificación con un libro y una clase de quehacer, al considerar a la *Radiografía* como “La obra fundamental de mis estudios históricos, sociales y de psicología colectiva”, y acepte “que caiga en el exceso de mis críticos, que me aplican el mote antonomástico de ‘autor de la *Radiografía de la Pampa*’” (p. 14).

En este sentido, el “Prólogo inútil” es clave para entender la autopercepción de Martínez Estrada: artista y pensador, crítico incómodo, profeta incomprendido, autoexiliado en la Argentina. Martínez Estrada dice también que se enroló “en las filas del servicio obligatorio de la libertad de mi patria”.¹⁸

En rigor, los años que siguieron a la *Radiografía* fueron confirmando a Martínez Estrada en su papel de intelectual independiente dedicado a la “investigación, análisis y exégesis de la realidad argentina”, quien da sentido a su propia labor a la luz del descubrimiento de los procesos de expansión colonial y del panorama de la guerra fría, alineado antes con Fanon que con cualquier intelectual local:

Son los estudios hechos recientemente acerca de la historia o de la biografía, mejor dicho, de los países del África que van obteniendo cruenta y dificultosamente su emancipación, lo que me ha puesto de relieve otros aspectos de la vida nacional pertenecientes a un tipo de historia al que no convienen los patrones que habíamos tomado antes de modelo, y sí de los países africanos... Soberanía que es ficticia, porque en lo profundo, invisible a la vista del espectador ingenuo, continúan en la misma situación de países súbditos o vasallos o simplemente esclavos de las fuerzas, impersonales e innominables, que gobiernan el mundo. En nuestra servidumbre es mu-

chísimo más cierta, grave y oprobiosa de lo que yo antes creí [nótese la tensión entre el nosotros y el yo]. El cuadro que presenté en *Radiografía de la Pampa*, corroborado con las obras sucesivas, era el de un país subdesarrollado que había adquirido o llegado a la mayoría de edad sin madurez (p. 15).

Es interesante ver cómo el propio desenvolvimiento del estado de la política internacional, la expansión del capitalismo y el imperialismo, la guerra fría y el reparto del mundo entre los bloques soviético y norteamericano dieron a Martínez Estrada una perspectiva más amplia para ubicarse él mismo más claramente en su posición como intelectual y confirmar su carácter marginal: él es quien ve a la Argentina desde la posición de un intelectual de ideología tercermundista y, a diferencia de los intelectuales que buscan su validación por las reglas de inteligibilidad regidas desde los centros tradicionales de poder intelectual, ve a la Argentina desde el mirador de África y Cuba.

Desde 1964 la obra escrita en 1933 se reviste de un nuevo sentido, implícito en algunas de las páginas de la *Radiografía*, cuando era todavía deudor de un temprano descubrimiento del avance de las inversiones extranjeras y del “trustismo” al que ya se refería Rubén Darío.

Por mi parte, insisto en leer la *Radiografía* con independencia de lo que sobre ella dijeron sus detractores y también de lo que sobre ella dijo Martínez Estrada, a partir de elementos como el descubrimiento de un proceso de terciarización prematura y asfixiante, simbolizado por la confusión entre capital y trabajo. He aquí el espacio simbólico donde se inscribe la tarea de Martínez Estrada:

El camino abierto a machete, según la intuitiva ciencia del baquiario, lleva a más lejos que las líneas telegráficas, como el caballo aventajó al automóvil en la prueba

¹⁸ Ezequiel Martínez Estrada, “Prólogo inútil”, en *Antología*, México, FCE, 1964, p. 12.

de los caminos de tierra. Todo lo que se aparte de esa baquía, disuena como instrumento fuera de su partitura. Nuestro mejor poema está escrito en estrofas de payada, y es la obra de un payador; nuestros hombres más grandes fueron aquellos autodidactos hechos en la realidad autodidáctica, y que a través de un caos étnico, político y económico, señalaron un buen camino de herradura... (p. 250).

A lo largo de la *Radiografía*, machete, cuchillo, sables, establecerán todo un sistema de correspondencias metafórico, sobre el que me extenderé más adelante. Pero anticipo que entre las armas del conquistador y las del ejército se abrió paso el mundo del cuchillo, en su doble carácter de arma y herramienta. El machete representa un tipo de herramienta local, propia, “auténtica” por la que el gaucho, de manera intuitiva e instintiva como hoy el intelectual que es el propio Martínez Estrada, va abriendo sendas en el caos, sin querer escapar de él ni de su reconocimiento.

Situación y sentido

El ensayo es también resultado de un problema de límites entre la experiencia o situación peculiar de su autor y el esfuerzo por dotar de sentido al mundo estudiado superando la situación individual del ensayista. Así, el arco de la distancia y la soledad arranca en circunstancias geológicas, se extiende hasta el ámbito de la historia y la etnografía, pasa por la descripción de los tipos populares, la arquitectura, las costumbres, y apunta también a la situación, con la distancia social sentida como connatural al humano, e incluso la evocación, en momentos clave, de la propia experiencia del ensayista (hijo de inmigrantes, habitante de múltiples pueblos de nombre intercambiable: San José de la Esquina, Goyna, o su propia inserción en la vida burocrática que ignora, iguala y protege, en un dia-

bolismo al revés, que hace vender el alma del inconforme al diablo del conformismo amparado en la mediocridad), para concluir en un sentimiento existencial de desamparo, cifra de una prosa que incluye negaciones, paradojas, silencios, ruptura de toda narrativa lineal.

Nostalgia del maestro artesano

El historiador de la educación italiano Antonio Santoni Rugiú¹⁹ ha redescubierto un modelo educativo paralelo al escolar que pervivió hasta el siglo XIX: el modo de enseñanza artesanal. Conforme este modelo se veía desplazado por las nuevas condiciones de la modernidad y el industrialismo, muchos intelectuales se dedicaron a evocarlo con nostalgia: “Nostalgia del maestro artesano”. Por mi parte, pienso que si alguna nostalgia alberga la *Radiografía* es también la de un modo de vida artesanal, sitiado por las nuevas condiciones de la modernidad y el industrialismo. Esta nostalgia era, por otra parte, común en el pensamiento anarquista de la época. Atendamos, por ejemplo, a este pasaje, “Peligros y temores” (que fuera además uno de los seleccionados por el propio Martínez Estrada para su *Antología*):

Durante muchísimo tiempo hubo que poner la función a la altura del funcionario; el oficio al mismo nivel del aprendiz. Las fábricas y los negocios tuvieron que conformarse con el obrero y el empleado que se improvisaban en su labor como podían, sin cariño por su tarea, pensando en otra cosa. No era posible exigir especialización donde no había especialidades, y cada cual miró la obra de sus manos como faena eventual, desvinculada de su destino. Si no enriquecía con ella la abandona-

¹⁹ Antonio Santoni Rugiú, *Nostalgia del maestro artesano*, México, UNAM, 1994.

ba pronto; y si enriquecía, la consideraba digna. El que hoy trabajaba en un oficio, mañana ensayaba en otro; el que permanecía unido a su herramienta renunciaba de hecho a la aventura. Sin artesanos ni operarios, la tarea se mantenía en las mínimas de su complicación técnica rudamente competida cuando valía la pena [...]. De las fábricas, de los corralones y las tiendas desertan los más constantes en la súplica y llegan a los refugios de la Administración. Ignoran su oficio y entran con un pasaporte de comité a la función pública donde no existen las exigencias técnicas... (pp. 197-198).

Ciencia, oficio, dignidad [...] pueden ser anuladas por cualquier sustancia en disolución de las que forman el vago peligro circundante, con tanta facilidad como un padre de familia puede ser herido por una bala perdida... (p. 199).

La nostalgia por la organización solidaria de los operarios y trabajadores calificados (“gremios, colectividad, cooperativas e institutos”) se vuelve más llamativa por contraste con una sociedad de terciarización prematura: la administración y la burocracia son cifra de un Estado al que se entrega la vida: “una sociedad de artistas o de granjeros entrega su vida a quien no puede auxiliar sino desorganizar, porque su fuerza es la suma de nuestras debilidades” (p. 201). Un Estado monstruoso devora todo, y lo poco que deja no es sino desierto: “Dependen del Estado las dos terceras partes más significativas de la población y de la riqueza. Más allá está el desierto” (pp. 200-201).

En un país *aluvional*²⁰ que en pocas generaciones vio cambiar las habilidades artesanales de los abuelos y bisabuelos por el título universitario de nietos y bisnietos, el sentido de pérdida de un acervo de saberes a

escala humana y productiva en beneficio de conocimientos precarios a escala impersonal e infructuosa no resulta del todo impropio. De allí que sea imposible construir el futuro:

Nadie es el artesano de su destino, sino el destructor de su némesis... El medio en que vivimos es un poderoso azar que ha tomado la consistencia de una seguridad real, hasta que el padre y el hijo, hablando confidencialmente, advierten que no se entienden, que pertenecen a mundos distintos, y que en medio de dos sangres iguales, hay un océano de seis mil millas de ancho (pp. 226-227).

Si algún dato biográfico debe aquí tenerse en cuenta, es el de los padres, ambos inmigrantes de origen español, aunque provenientes de distintas esferas sociales. El padre se dedica a diversos trabajos: cochero, capataz, almacenero de ramos generales, mientras que la madre es hija de un pintor retratista. El hijo se aleja pronto de la familia para ir a estudiar a Buenos Aires, y muy tempranamente ingresa en la administración pública como una forma de tener asegurada la existencia.²¹

Por otra parte, en la “Carta a Victoria Ocampo” reproducida en *Leer y escribir* confiesa que siempre conservaron para él interés “las herrerías y las carpinterías que yo frecuentaba con más placer que la escuela. De entonces conservo el gusto de los hierros y las maderas, del olor de la pintura y del humo de carbón de piedra”.²²

La nota personal de un Martínez Estrada descendiente de inmigrantes, artista y pensador, reaparece en estas páginas, cuando dice:

²¹ Véase León Sigal, “Itinerario de un autodidacto”, en *Radiografía de la pampa*, ed. cit., pp. 350-357.

²² Véase Ezequiel Martínez Estrada, “Carta a Victoria Ocampo” (1945), reproducida en *Leer y escribir*, México, Joaquín Mortiz, 1969, p. 120.

²⁰ Este término, empleado por historiadores como José Luis Romero, designa de manera muy expresiva la llegada de oleadas inmigratorias a la Argentina.

Excluida la perspectiva oficial, que da dinero y honor, la investigación científica, la especulación filosófica ex cátedra y el cultivo lujoso de las artes, son hoy aberraciones y gimnástica en el vacío; porque si al final del estudio no está el puesto docente o administrativo bien rentado, esas actividades calisténicas que no tienen aplicación, llegan a trabar el libre juego de otras disposiciones de mayores ventajas para la lucha grosera por la vida (p. 200).

Prosa y habla

Otra cuestión de límites consiste en la relación entre la prosa artística y el habla. Para comprender muchos de los más recordados pasajes de estos ensayos se hace necesario entender el complejo haz de relaciones que pueden establecer sus términos tanto con el contexto cultural reinterpretado como con el mundo de los libros. Cuando Martínez Estrada, por ejemplo, apele al “cuchillo”, estará reinterpretando un “concepto preformado culturalmente”, como lo dice Adorno, esto es, una noción que porta ya una carga de sentido que la relaciona con una cultura dada, pero también con una serie de referencias a la etimología popular y cotidiana, a la vez que a una genealogía de sentido por la que se vincula a la cultura libresca: es el cuchillo del gaucho tanto como lo es hoy de la gente de ciudad; es el cuchillo de la gestualidad del trabajo y la pelea como el cuchillo del *Facundo*.

Esto nos abre a un complejo haz de problemas, centrales para la teoría del ensayo: se trata de la tensión entre la libertad escritural y las reglas del discurso argumentativo, entre opacidad y transparencia, entre el decir del quehacer poético, preocupado por el nombrar, que hace uso frecuente de la capacidad metafórica y connotativa del lenguaje, y el quehacer de las ciencias sociales, preocupado por la referencia y la denotación, por el diálogo implícito con autores y libros, y apoyado a la

vez, como todo ensayo, en la reinterpretación de conceptos preformados culturalmente (Adorno). Por otra parte, el discurso ensayístico entra en relación con (y muchas veces incluso tematiza) el uso concreto del lenguaje, de la lengua natural, apoyada en el ámbito de la oralidad (incluidos el insulto, el refrán y la conseja tradicional, el chiste, la ironía), la etimología popular, la gestualidad, las costumbres, y por ende con la necesidad de dar cuenta del contexto en que acaece. No menos importante es para el ensayo de interpretación la relación del ensayista con libros y lecturas, que constituyen “el otro contexto” del ensayo.

El cuchillo

La mención del cuchillo es fundamental para entender algunos de los principales procesos significativos de la *Radiografía*: en efecto, al mismo tiempo que permite apuntar de modo sintético el paso del conquistador al gaucho, nos remite al *Facundo* y nos permite, una vez más, mostrar la articulación de naturaleza y cultura, el enlace de diacronía y sincronía, la suspensión del tiempo por la costumbre:

En *Facundo* se nos dice qué valor tuvo en las manos del conquistador venido a menos y de su hijo, el gaucho, y qué significó en adelante en las guerras internas. El cuchillo fue el utensilio que serviría para establecer un “orbe de cultura”, para fijar la fisonomía de la época que comprende desde el primer rebajamiento del soldado a procurarse el sustento, hasta la guerra de independencia en el norte y el litoral... Creó una población flotante... La tropa, que eran los campesinos defendiendo sus intereses, quedó con esa tendencia a manejar el arma corta y hasta destrozaba los sables para convertirlos en facones (pp. 31-32).

El cuchillo evoca por metonimia la industria extractiva de la ganadería, que “suplantó a to-

das aquellas que utilizan el hierro, la madera y hasta el mimbre, inclusive en la construcción de la vivienda” (p. 31). Para enfatizar el carácter primitivo y agresivo de la actividad ganadera, dice que “El cuchillo fue la herramienta de esa industria; pero más bien como la espada que como el pico y la llana” (*ibid.*).

Cultura, pues, siempre próxima a degradarse, como esta herramienta siempre convertible en arma:

La mano habituada a la faena termina por imponer al hombre la técnica de matar... y el mazorquero alcanzó el virtuosismo en el degüello, como cirujano experto que era en la faena de la res. Aquella caballería andante de la pampa, llevaba el puñal a la cintura; esa herramienta simbólica al cinto, era todo el disfraz de la miseria avergonzada... [El hombre] se hizo cruel, porque el cuchillo como instrumento de trabajo es feroz, y como arma no admite indulgencia (p. 32).

El cuchillo es símbolo de una forma de extracción primitiva, lindera entre la vida y la muerte, que confirma al hombre en la soledad y el desarraigo:

Se negó a los goces de la vida tranquila y se hizo un ser de distancias; no amó el hogar, que era la sutura con el padre. Engendró hijos y los renegó; se hizo rico, pero no amó su fortuna y se la jugó una noche a los naipes o la llevó en el tirador junto al cuchillo... Así quedó ese creador de falaces estructuras, ese monedero falso de los bienes del alma, cuando la tierra lo hubo sometido. De la nueva esclavitud podría erigirse como símbolo, la espada con que ganó su pan y la herramienta con que salvó su vida (p. 32).

Intimidad y sociabilidad, fiereza y docilidad, agresión y domesticidad, al hacer una fenomenología del uso del cuchillo Martínez Estrada hace también una fenomenología del

lenguaje... y del silencio: “sólo se exhibe en los momentos supremos, como el insulto” (p. 32). Gesto e insulto constituyen también el límite lábil y peligrosamente franqueable entre naturaleza y cultura, egoísmo y sociabilidad:

Es la única arma que sirve para ganarse el pan con humildad y la que en el rastro de sangre adherida denuncia el crimen. Es en ocasiones más rápido que el insulto y muy difícil de medir o graduar en la agresión, porque cuando el alma puede retractarse, la mano ya cumplió el primer impulso, inconsciente; por lo cual diríamos que resulta más veloz que el pensamiento y más próxima a la voluntad que el pensamiento mismo (p. 34).

Una observación cuidadosa de la gestualidad y la costumbre nos muestra al cuchillo como herramienta, arma y talismán:

Es raro el suicidio con él; es un arma del hombre para afuera, de la empuñadura hacia la punta; no se vuelve contra el amo... Puesto que toma sentido supersticioso en lo que tiene de amuleto, es propicio por excelencia. La hoja desnuda es la advertencia del peligro...

Hay el cuchillo de todos los días, cuchillo de trabajador, con mango de madera o encorado, de hoja desgastada y filo curvo de tanto usarse; y el de las fiestas, de corte rectilíneo, sin rastro casi de la afilación, de plata, con iniciales y labrado... El cuchillo es de un filo, fino, afinadísimo en el trabajo delicado de la chaira [cuchilla de zapatero; cilindro de acero para afilar cuchillas] o contra otro, con la voluptuosidad de un afeitado personal... (p. 35).

En este caso “cuchillo” actúa como lo que se ha dado en llamar “palabra suficiente”, a la que Réda Bensmaïa define como aquella que permite poner varias series heterogéneas en relación y rivalizar de este modo con el ordenamiento de cualquier narración o discurso,

en cuanto establece relaciones de resonancia que permiten mostrar y no necesariamente demostrar.

Devenir histórico e invariantes de sentido

Finalmente, para el ensayo que nos ocupa no debemos perder de vista otro caso de límites: el de la relación entre temporalidad y sentido, que se plantea a todo ensayista pero se hace particularmente notable en el trabajo de Martínez Estrada. El proceso interpretativo se desenvuelve necesariamente en el tiempo, es temporalidad, pero es asimismo interés por captar anticipadamente un sentido integrador de los elementos interpretados. Dicho de otro modo, la búsqueda de claves o invariantes que permitan al intérprete sustraerse de la indefectible sucesión temporal —una de las notas peculiares del ensayismo de Martínez Estrada—, puede leerse como un afán por descubrir las “reglas” —la estructura o la “gramática” oculta del mundo— y su explicitación a través del devenir histórico. En esto consiste, precisamente, la interpretación: el despliegue en el tiempo de un esfuerzo de comprensión que intenta escaparse de su propia temporalidad. Si Sarmiento había planteado la antítesis civilización-barbarie como una fórmula que explicaba la historia argentina y, más aún, que identificaba el paso del segundo al primer términos como algo que era a la vez causalidad e historicidad, Martínez Estrada encuentra esta fórmula explicativa como ya hecha carne en la propia definición de la nacionalidad, y a la realidad hecha libro: el *Facundo*. De este modo, la propia labor de Martínez Estrada será lidiar con un mundo lingüísticamente alumbrado, con una serie de instituciones y reglas de la nacionalidad ya establecidas, y con un libro, el *Facundo*, que por mucho tiempo parecía explicarlas.

Para Martínez Estrada, “radiografiar” la

pampa, “traer a la superficie o a la conciencia” elementos sepultados, “desvelar”, “revelar”, son diversas formas de sustraer ciertas constantes al aparente devenir de la historia. Los continuos remates a cada capítulo o subcapítulo de la *Radiografía* en los cuales regresan el aislamiento, la soledad, las distancias, la incompreensión, la desagregación social como motivos ineludibles, constituyen una manera de reforzar estilísticamente la relación entre devenir e invariancia.

Todo lo sólido se desvanece en la pampa

Pasadas las primeras décadas de optimista y agresiva expansión del correo, el telégrafo y el ferrocarril, el capital financiero, y descubierta la existencia de la desigualdad en los términos del intercambio entre materias primas y manufacturas, empieza a develarse la faz demoníaca del crecimiento capitalista. A la expansión fáustica de la tecnología —que autores como Marshall Bermann descubren en la obra de Goethe—, se agrega ahora el demonismo de los *trusts*. Antes de las primeras teorizaciones en torno del subdesarrollo y la dependencia, nuestros intelectuales comienzan a intuir el carácter esencialmente *heterogéneo* de nuestras naciones, las zonas de fractura, de ruptura, las asimetrías y disparidades que no sólo no se compensan o superan sino que dan lugar a resultados paradójicos.

Se rediseñan los mapas nacionales a partir del descubrimiento de una matriz oculta que es la que late debajo de una reorganización geográfica que privilegia los puertos y las estaciones de ferrocarril sobre las formas de circulación locales y regionales:

El ferrocarril acentuó la pobreza de las regiones distantes o de poco rendimiento, o ricas en rendimiento pero de productos únicos; porque llegó demasiado pronto y sin que lo distante de las vías pudiera an-

dar a su velocidad... Llevaba el ferrocarril un progreso nominal, teórico, pero ocasionaba un retraso real (p. 45).

En 1936, pocos años después de publicada la *Radiografía de la Pampa*, Antonio Machado se refiere, en su *Juan de Mairena* –y en un texto que Octavio Paz escogerá como epígrafe para *El laberinto de la soledad*–, a “la esencial heterogeneidad del ser”:²³

Lo otro no existe: tal es la fe racional, la incurable creencia de la razón humana. Identidad = realidad... Pero lo otro no se deja eliminar; subsiste, persiste; es el hueso duro de roer en que la razón se deja los dientes.

La cuestión de la heterogeneidad, de la incurable otredad que lo uno ha querido ocultar en el momento mismo de erigirse como tal, habita ya en la crítica a la que Martínez Estrada somete la antítesis civilización-barbarie.

El problema de la heterogeneidad empieza a habitar de diverso modo la reflexión latinoamericana. Así, Gilberto Freyre estudiará la formación básica de la sociedad brasileña como una célula compuesta por dos elementos que guardan entre sí una relación asimétrica aunque complementaria: casa-grande y senzala, el mundo patriarcal y vertical del blanco, el orbe sometido del negro. Otro tanto hará la prodigiosa novela *Pedro Páramo*. José Carlos Mariátegui descubrirá también el peso que el componente colonial tuvo en la reestructuración de la geografía económica y social del incario para nuevos fines, y denunciará la absoluta parcialidad de quienes se erigen en jueces. Años más tarde, Antonio Cornejo Polar mostrará cómo la primera literatura indigenista delata la fractura entre el mundo representado y el mundo al

que pertenece el escritor, en las grietas entre modernidad y mundo arcaico, entre escribir sobre la comunidad y escribir para ser leído por la ciudad, y en ellas encontrará los signos de la crisis de un modelo liberal-modernizador-criollista que se va a pique. Otro tanto demostrará Martínez Estrada cuando estudie la gauchesca: el antes y el después del *Martín Fierro* tienen que ver, sin duda, con un fenómeno semejante al que marca Cornejo para la primera novela indigenista:

[...] en su condición de relato heterogéneo... no tiene instrumentos para procesar con eficiencia el conflicto del que surge... Reproduce, pues, el conflicto irresuelto por la propia historia de naciones escindidas y desintegradas... De esta manera, leer indigenismo es ante y sobre todo leer la extrema contradicción de naciones que no pueden decirse a sí mismas, por su propia y desgarrada condición heteróclita...²⁴

Radiografía de la pampa es también un ensayo que pinta la propia y desgarrada condición heteróclita, la esencial heterogeneidad de la nación argentina, signada por el desencuentro. Es también el comienzo de una larga reflexión que Martínez Estrada dedicará a las entidades nacionales latinoamericanas, empezando por la propia, para rematar, en una obra redactada poco antes de su muerte, *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina* (1962) con una reflexión dedicada a toda la región. Allí, un Martínez Estrada que ha leído a Gilberto Freyre, coincide con él en que América se parece antes al África que a Europa, y que nuestra nota fundamental es la del colonialismo.

Pero ya muchos años antes, en la propia *Radiografía* aparecen los signos de una toma de conciencia del proceso de agotamiento de

²³ Octavio Paz elige estas palabras como epígrafe a *El laberinto de la soledad*.

²⁴ Antonio Cornejo Polar, *Escribir en el aire; ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, Lima, Editorial Horizonte, 1968, p. 207.

un modelo de crecimiento y modernización apoyado en la ideología criolla y liberal, así como en la redefinición de las condiciones del capital financiero ligado a centros internacionales.

Así, en la *Radiografía* encontramos esta primera intuición fundamental:

La tierra vacía requiere capitales y hombres en cantidades astronómicas... Entre un grupo de actividades fomentadas por el lucro y otro grupo de actividades fomentadas por la vida, aparecen esos vacíos imposibles de llenar... las formas de enriquecerse se vuelven incompatibles con las formas de vivir. Se rompe entre esos grupos el equilibrio natural que existe en tanto el capital no es rédito sino trabajo, ni título de renta sino movimiento circulatorio de riqueza, acción, gozo. Cada grupo se transforma en un órgano independiente, que tiende a crear en torno de sí una pseudoestructura, asumiendo una función que debe estar repartida y correlacionada con todo el conjunto (p. 66).

Y prosigue, con una sorprendente claridad en torno de la relación desigual de los términos del intercambio:

El capital viene de lejos a Suramérica; los centros de riqueza que crea son excéntricos al trabajo y generan un ciclo de actividad que conduce como fin a la salida del rédito en calidad de materia prima también: de dividendo. Bancos, industrias, comercio, trabajan en función del prestamista incógnito. Su actividad está regulada por la utilidad del usufructo, y no de la utilidad pública, de las necesidades de la vida interior del país. Esa forma de gravitar alrededor del centro remoto, está en la relación de satélite a planeta y de colonia a metrópoli... Todos los países suramericanos están sojuzgados por centros de energía económica situados en el hemisferio norte; trabajan con arreglo al mercado ex-

terior... Tienen que ser por fuerza zonas marginales de un centro de consumo y de explotación extraño, que necesita ciertos productos que nos obligan a cultivar. También en tal sentido resultan ser factorías, colonias y dominios... Esta constelación de intereses extraños desbarata los gremios y las cooperativas (*ibid.*).

De este modo, la heterogeneidad producto de la instauración de una primera forma de relación colonial a partir de la llegada del conquistador europeo se reitera con las sucesivas oleadas poblacionales, se prolonga en la relación que Buenos Aires guardará con el interior del país y se fortalecerá con los nuevos términos del intercambio simbolizados por la economía de los *trusts*.

Con todo ello espero demostrar que, a las reflexiones en torno al telurismo o al determinismo geográfico que se han considerado por mucho tiempo como los principales rasgos de la *Radiografía*, deben añadirse otras notas fundamentales de esta obra, tales como el descubrimiento de la *terciarización prematura* de la sociedad argentina que, paradójicamente, sin generar riqueza, acentúa la pobreza; de la irrupción del capital foráneo que, paradójicamente, en lugar de contribuir al crecimiento y a la integración de la sociedad, lo desalienta y desintegra las formaciones sociales incipientes y, finalmente, de la falta de hábitos de trabajo doméstico, artesanal y asociaciones a escala de las pequeñas comunidades tales como los gremios y cooperativas.

Transparencia y opacidad

Otro fundamental problema de límites radica en que, como dice Jean Terrasse, el ensayo es el producto de la tensión entre dos deseos aparentemente contradictorios: *describir la realidad tal como ella es en sí misma y mostrar el punto de vista del ensayista sobre ella*. El ensayista trata de conciliar el en sí y el pa-

ra sí y reivindica la *praxis* como condición de la manifestación del ser. Para el ensayista lo real no existe sino como experiencia:²⁵ aquello que Tomás Segovia caracteriza como el aspecto social de la experiencia individual. De este modo, el límite entre el mundo exterior y el mundo representado, la confrontación entre contexto y texto, la tensión entre transparencia y opacidad, es determinante para el ensayo. El ensayista nos da, a la vez que su personal interpretación del mundo, el mundo como interpretado. Como escribe el antropólogo Dan Sperber, toda interpretación consiste en confrontar el universo de lo ya sabido con los nuevos datos que nos proporciona la experiencia en sentido amplio, en un fenómeno que él compara con “el paso del diccionario a la enciclopedia”:²⁶ el proceso interpretativo surge cuando la experiencia nos proporciona un dato nuevo que debemos integrar a nuestro acervo “enciclopédico” de conocimientos sobre el mundo. Este rasgo del ensayo parece a su vez exasperar a los críticos que, como Réda Bensmaïa, quieren estudiarlo como escritura pura, como “táctica sin estrategia”.²⁷ Preferimos decir, con Carlos Piera, que el ensayo es la prosa del mundo y el ejercicio de la responsabilidad.²⁸

El lugar de encuentro de estos casos de límites es, en la *Radiografía* y en la obra toda de Martínez Estrada –y como procuré demostrarlo ya en otro lugar–,²⁹ la paradoja, figura central en su pensamiento. En efecto, la paradoja es, desde la perspectiva de Martínez

Estrada, tanto una modalidad de construcción predominante en su propio ensayo como el modo de exploración de una realidad cuya constitución misma es paradójica y es, por tanto, la herramienta y el modo de conocimiento más apto para vincular el esfuerzo interpretativo del escritor a la realidad interpretada. El ensayista busca desentrañar el sentido de la sociedad argentina a la vez que ofrecer un “modelo” de ella construido sobre la base de esa misma sociedad: el ensayo es así una institución nueva de sentido que se apoya en el sentido instituido de la sociedad.

Volvamos, por un momento, al símbolo del cuchillo: un utensilio que es, paradójicamente, arma y herramienta, sintetiza de algún modo las dos facetas de una sociedad insuficientemente estructurada, en la que predomina una forma de producción extractiva asentada sobre bases primitivas, que no tiene la complejidad y el carácter industrioso del trabajo artesanal. Así, dos funciones en apariencia antitéticas (la del arma y la de la herramienta) se asocian en un mismo objeto y conviven sin anularse. Se han hecho, además, consustanciales a su dueño: se han hecho cuerpo en él y, a la vez ataque y defensa entre el hombre y el mundo, lo sitian en la posibilidad de intimar con el otro y de formar lazos sociales sólidos. Esta convivencia de elementos antitéticos que no se anulan nos remite a la definición misma de la paradoja, más aún, la simbolizan: la paradoja, convivencia de contrarios que no se anulan, medio para abrimos a la realidad, que puede herir a la vez que construir, es también un “arma” y una “herramienta” de conocimiento. Y la paradoja es necesariamente así porque el mundo es necesariamente así:

El *quid pro quo* fundamental consiste en una desproporción de carácter lógico y de carácter dinámico: entre aquello que constituye la materia de conocimiento y el conocimiento. Podemos afirmar que el

²⁵ Jean Terrasse, *Retórica del ensayo literario*, Montreal, Les Presses de l'Université du Québec, 1977, p. 129.

²⁶ Dan Sperber, *El simbolismo en general* (1978), trad. de J. M. García de la Mora, Barcelona, Anthropos, 1988.

²⁷ Réda Bensmaïa, *The Barthes effect: the Essay as Reflective Text* (1986), trad. Pat Fedkiew, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987.

²⁸ Carlos Piera, “La conveniencia de la prosa”, en *Revista de Occidente*, 116 (1991), pp. 13-23.

²⁹ Liliana Irene Weinberg de Magis, “Radiografía de la pampa en clave paradójica”, en *Radiografía de la pampa*, Leo Pollmann (coord.), ed. cit., 471-490.

hombre es el producto más paradójico del hombre; que el individuo que comprende es la creación más paradójica que el hombre que vive [*sic*]; que esa estratificación de sus mejores ideas y de su más hermosa capacidad, la civilización, es la creación más paradójica de la masa todavía en estado promedial de barbarie llamada humanidad. Lo que el hombre ha hecho supera en mucho a lo que el hombre es... Tal contraste entre el yo consciente y el cosmos astronómico-físico plantea la radical paradoja, la paradoja existencial...³⁰

Para terminar, me ocuparé de la conversión paradójica de la antítesis sarmientina.

Civilización y barbarie

Martínez Estrada convierte la antítesis sarmientina en una paradoja. Las páginas finales de su libro son claves para descubrir los alcances de su trabajo interpretativo:

No es sino lo más lógico posible, que después de *Facundo*, una historia que es una autobiografía, civilización y barbarie fueran antitéticas: había que alejarse de ésta y que echarse a ciegas en aquélla; y huir de una para entrar en otra o viceversa, eran la misma cosa (p. 256).

La barbarie quedaba además identificada con el pasado a superar, con una región de atraso a olvidar, a ocultar, y la civilización como el modelo a alcanzar progresivamente con la marcha de la historia:

La barbarie era una época, el pasado, el campo, el ejército montonero y el administrador de estancia en la Hacienda pública: la civilización era la historia, el futuro, la ciudad, la industria, la educación, la ta-

bla fundamental del valor de las cosas. De la civilización se hizo un programa y de la barbarie se hizo un tabú (*ibid.*).

He aquí, en el último párrafo de la *Radiografía*, el remate de una conversión paradójica para la cual nos fue preparando el libro entero:

Lo que Sarmiento no vio es que civilización y barbarie eran una misma cosa, como fuerzas centrífugas y centrípetas de un sistema en equilibrio. No vio que la ciudad era como el campo y que dentro de los cuerpos nuevos reencarnaban las almas de los muertos.³¹ Esa barbarie vencida, todos aquellos vicios y fallas de estructuración y de contenido, habían tomado el aspecto de la verdad, de la prosperidad, de los adelantos mecánicos y culturales. Los baluartes de la civilización habían sido invadidos por espectros que se creían aniquilados, y todo un mundo sometido a los hábitos y normas de la civilización, eran los nuevos aspectos de lo cierto y de lo irremisible (*ibid.*).

La identificación de un hombre genial, Sarmiento, y su programa, con la historia argentina toda, queda también puesta en duda por la existencia de una historia que no está forjada por los hechos de los hombres aislados, sino por “el trabajo hidráulico de la realidad, que comenzó a vencer los puentes, los diques y los artilugios de la ilusión” (p. 254).

El programa sarmientino dio lugar, no a un auténtico crecimiento, sino a una *seudoestructura* que algunos creyeron equiparable a la civilización:

³⁰ Cito un pasaje del manuscrito de Ezequiel Martínez Estrada, *Teoría de la paradoja*, p. 34.

³¹ En su manuscrito sobre la paradoja leemos: “Los verdaderos muertos somos nosotros y los que actúan nuestros antepasados. Ellos quedan supervivientes en lo que dejan como lo encontraron. Tampoco bastaría modificar la dirección de esa maquinaria inmensa ni crear una nueva conciencia de la realidad. Los adelantos, lo que se ha denominado el progreso es una realidad; el hombre está apresado por el hombre. Es su cazador, su jaula y su centinela” (p. 33).

Fue Sarmiento el primero que en el caos habló de orden; que en la barbarie dijo lo que era civilización; que en la ignorancia demostró cuáles eran los beneficios de la educación primaria; que en el desierto explicó lo que era la sociedad; que en el desorden y la anarquía enseñó lo que eran Norteamérica, Francia e Inglaterra. El creador de nuevos valores era un producto, por reacción, de la barbarie. Hizo guerra a la guerra, oponiendo el libro a la tacuara; la imprenta a la montonera; el frac al chiripá; a los ímpetus del instinto y de la inspiración del baquiano y el payador y a los vicios endémicos del campo abierto, la perseverancia, la paciencia y el cálculo. Arranca lo que hay y planta lo que no hay [...]. Todas sus fundaciones [...] son falanges en combate contra la realidad, la afirmación de “otra realidad” (p. 255).

¿Cuál es entonces, ahora, la función del ensayista? Descubrir, a través del contragolpe de la paradoja, esa realidad oculta y sacarla a la luz, en un proceso que evoca el método del primer psicoanálisis:

[...] fragmentos considerables de realidad cayeron en la subconciencia con palabras proscritas; y palabras proscritas arrastraron consigo a la subconciencia fragmentos de realidad. Al fin se perdió la sutura de ese mundo a que se aspiraba y de ese otro que se tenía delante sin poder modificarlo. Los fantasmas desalojaron a los hombres y la utopía devoró a la realidad...

Conforme esa vida y esa obra inmensas [las de Sarmiento] van cayendo en el olvido, vuelve a nosotros la realidad profunda. Tenemos que aceptarla con valor, para que deje de perturbarnos; traerla a la conciencia, para que se esfume y podamos vivir unidos en la salud (p. 256).

Llegamos así al final de nuestro viaje: Ezequiel Martínez Estrada, como Gilberto Freyre, postula la existencia de una formación bá-

sica que explica el sentido de la historia nacional. Si para Freyre la estructura patriarcal simbolizada por la relación casa-grande y senzala fue la que permitió la instauración de una forma de vida basada en la economía agrícola, el asentamiento de las distintas razas y culturas a través de la interacción en este núcleo a la vez económico, social y cultural y así el verdadero poblamiento del Brasil, para Martínez Estrada existiría una incipiente formación social dada por la economía extractiva de base ganadera que cristalizó en la pampa, y que a su vez dio su coloración a las relaciones económicas y sociales heterogéneas de la sociedad argentina toda, que fue la cifra de su historia y de su debilidad, y que degeneró en una seudoestructura que no permitirá el crecimiento en la integración y la salud. La intuición de un estado de fractura y desencuentro se ve reforzada por una visión paradójica que corresponde tanto a la estructuración del ensayo como a la estructura de la propia sociedad interpretada por el ensayista.

Esa conversión paradójica se apoya tanto en una lectura de la pampa como de la condición humana toda, tanto en la desproporción entre el conocimiento humano y la inmensa realidad que es materia de ese conocimiento como en la infamia tecnológica importada por las grandes empresas y constituida en necesidad artificial de una organización social embrionaria que no la necesita. La paradoja es a la vez la cifra de la organización compleja de la realidad y la del discurso más afín a esa realidad.

Así, su interpretación de los datos de la sociedad argentina, y su reinterpretación del modelo sarmientino que la rige, así como del arma-herramienta básica empleada para esa interpretación, la paradoja, se constituye tanto en develamiento de las claves de institución de sentido de la sociedad argentina como en clave constructiva y argumentativa de la propia *Radiografía*. □